

CAPÍTULO XII.

Noticias de la ciudad de Tadmor, ó Palmira, edificada por Salomon.

HABLANDO un viagero de la comarca de Damasco y sus anexas, dice:

El distrito de que estamos tratando, presenta en este género un monumento demasiado admirable para que le pasemos en silencio. Hablo de *Palmira* (1), tan cono-

(1) A fin de que el lector compare el estado antiguo con el moderno, séame permitido citar la tan lacónica cuanto exacta descripción de Plinio, única que nos ha dejado la antigüedad, y comienza: „Palmira urbs nobilissimu situ, etc.” *Hist. nat.*, lib. 5. „Es notable Palmira por su situación, por la riqueza del terreno y la amenidad de sus aguas: está circundada de un vasto desierto arenoso que la separa totalmente del resto del mundo; y ha conservado su independencia entre los dos grandes imperios de Roma y Parthia, cuya primera diligencia, cuando están en guerra, es atraérsela á su partido. Dista de Seleucia sobre el Tigris trescientas treinta y siete millas, de la ribera mas próxima del Mediterráneo doscientas tres, y de Damasco ciento setenta y seis.”

cida en la tercera época de Roma por el brillante papel que hizo en las contiendas de los partos y los romanos, por la fortuna de Odenato y de Zenobia, por la caída de estos príncipes; y célebre en fin hasta por su misma ruina en tiempo de Aureliano. Desde entónces habia transmitido su nombre un recuerdo espléndido en las páginas de la historia; pero no pasaba de recuerdo, y á falta de datos para conocer á fondo los títulos de su grandeza, solo se conservaban algunas ideas muy confusas en el particular: hasta en la misma Europa se andaba á oscuras en estas materias, cuando á fines del siglo último, unos negociantes ingleses de Alepo, cansados de oír hablar á los beduinos de las ruinas inmensas que se hallaban en el desierto, resolvieron verificar las narraciones portentosas que se les hacian. La primera tentativa, emprendida en 1678, tuvo un éxito desgraciado; asaltáronles los árabes, despojándoles de cuanto llevaban, y se vieron precisados á retroceder con el desconsuelo de no haber llenado sus deseos. Poco despues, en 1691, cobraron nuevo aliento, y consiguieron al fin ver á satisfaccion los celebrados monumentos. Su relacion, publicada en las *Transacciones filosóficas* de Lóndres, encontró á los principios muchos incrédulos y aun mas opositores: no podian concebir, ni ménos persuadirse, cómo en un lugar yermo, tan estraviado y distante de la tierra habitable, habria podido subsistir, luchando contra las injurias del tiempo, una ciudad tan magnífica y suntuosa, como la que figuraban los diseños. Mas luego que el caballero *Dawkins*, ingles de nacion, dió á luz,

en 1753, los circunstanciados planos levantados por él mismo sobre el terreno, se han disipado todas las nubes, y ha sido forzoso rendirse á la evidencia, y reconocer al mismo tiempo, que la antigüedad nada nos ha transmitido en punto á arquitectura, sin esceptuar la Grecia ni la Italia, que pueda ponerse en paralelo con la magnificencia y grandiosidad de las ruinas de Palmira.

Voy á citar en resúmen el relato de M. *Wood*, compañero y redactor del viage de *Dawkins*.

„Luego de habernos informado en Damasco que *Tadmur* ó *Palmira* dependia de un agá, residente en *Hassiá*, salimos de aquella ciudad, y en cuatro dias nos pusimos en este lugar, situado en el desierto en el camino de Damasco á Alepo. El agá nos recibió con aquella hospitalidad tan comun en el pais entre toda clase de gente; y aunque manifestaba mucha sorpresa por nuestra curiosidad, nos dió sin embargo las instrucciones necesarias para satisfacerla lo mejor que se pudiera. El trece de marzo de 1751 partimos de *Hassiá*, escoltados por los mejores dragones árabes que tenia el agá, armados de fusiles y largas picas; y llegamos cuatro horas despues á *Sodúd*, habiendo atravesado una llanura tan estéril, que apenas producía yerbas suficientes para que paciesen las innumerables gacelas que por allí vimos. *Sodúd* es un lugarejo habitado por cristianos maronitas, y tan pobre, que las casas están fabricadas con tierra secada al sol. Los moradores solo cultivan en los contornos el terreno que materialmente necesitan para proveer á la subsistencia, y hacen vino tinto muy bueno. Despues de comer vol-

vimos á seguir nuestro camino, y llegamos en tres horas á *Hauarain*, pueblo turco, donde nos quedamos á dormir. *Hanarain* tiene la misma traza de pobreza que *Sodúd*, con la diferencia de que encontramos algunas ruinas, por donde se infiere que este parage fué en la antigüedad de mas consideracion. Vimos tambien un villorrio inmediato abandonado de los vecinos, cosa muy comun en esos paises; pues siempre que los productos de las tierras no corresponden á los trabajos del cultivo, los habitantes las desamparan á trueque de no verse oprimidos. Salimos de *Hauarain*, y en tres horas nos pusimos en *Qariatain*, siempre con direccion al E, cuarta al S. E. Esta aldea solo se distingue de las anteriores, en que es algo mas grande: estando aquí, se nos hizo ver que era lo mas acertado pasar el resto del dia para descansar nosotros y nuestras cabalgaduras, y prepararnos á la fatiga del camino restante; pues aunque podiamos vencerlo en ménos de veinticuatro horas, era indispensable hacer la travesía en una jornada, por no encontrarse agua en toda esta parte del desierto. Dejamos á *Qariatain* el trece, habiendo pasado muy próximos á doscientas personas, que con igual número de asnos, mulos y camellos formaban una partida bastante estraña. Nuestra ruta inclinaba al N. cuarta al N. E., por entre una llanura arenisca y pareja, de tres leguas y media de anchura sobre poco mas ó ménos, exenta de árboles y agua, y confinando á derecha é izquierda con una cordillera de sierras estériles, que parecian juntarse á dos tercios de legua ántes que llegásemos á *Palmira*.

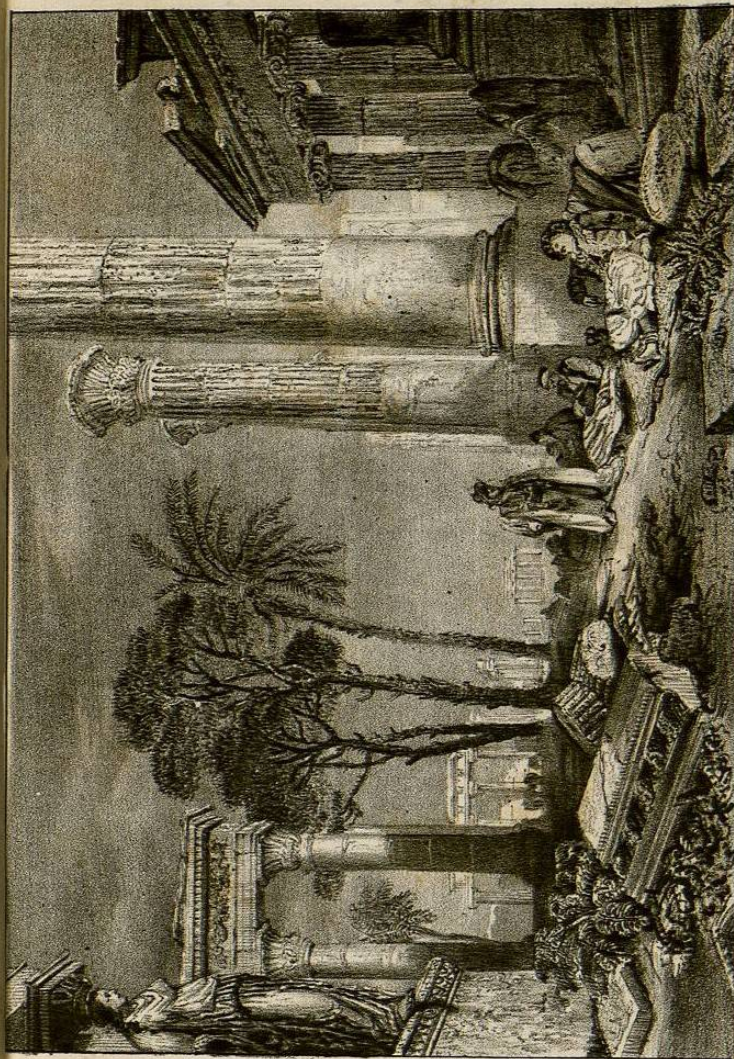
El catorce á mediodía estábamos en el punto en que parecían reunirse las montañas: entre estas hay un valle, donde se ven todavía restos de un acueducto, que antiguamente llevaba el agua á *Palmira*; á derecha é izquierda se advierten torres cuadradas de una elevacion considerable; luego que nos acercamos mas, descubrimos que estas eran sepulcros de los antiguos *palmiranos*. No bien hubimos pasado estos monumentos venerables, cuando, separándose las montañas por ambos lados, divisamos de golpe el mayor grupo de ruinas que hubiésemos visto jamas; y á espaldas de estas mismas ruinas, hácia el Eufrates, registramos una estension llanísima hasta perderse de vista, donde no se hallaba ni el menor ente animado. Es casi imposible figurarse una escena mas asombrosa. Tan crecido número de pilares de orden corintio al lado de tan pocos muros y edificios sólidos, forma la perspectiva mas novelesca que imaginarse pueda." Hasta aquí la relacion de *Wood*. Seguramente es imposible transmitir la sensacion de semejante espectáculo; pero á fin que el lector forme la idea mas aproximada, agrego aquí el diseño de la perspectiva. Para hacerse cargo completamente de la impresion que causa, es forzoso que la imaginacion supla las proporciones. Preciso es figurar en nuestra mente aquel trecho tan reducido que presenta la estampa como una dilatada llanura, esas cañas tan delicadas y finas como unas columnas, cuya base solamente escede á la estatura de un hombre: menester es representarnos que aquella hilera de columnas en pié ocupan un es-

pacio de mas de mil trescientas toesas, y encubren otros infinitos edificios que quedan por detras. En toda esta estension, ora se descubre un palacio sin mas obras que patios y paredes; ora un templo cuyo peristilo está medio derribado; á veces un pórtico, una galería, un arco triunfal: aquí las columnas forman grupos, cuya simetria se halla interrumpida por haber caido muchas de ellas; allí, están dispuestas en filas tan prolongadas, que, semejantes á unas calles de árboles, se pierden de vista á lo léjos, y no parecen sino líneas cruzadas unas sobre otras. Si de esta escena tan variada, volvemos los ojos al suelo, encontraremos otra no ménos pasmosa: por todas partes yacen tendidos los cuerpos de las columnas, cuáles intactos, cuáles destrozados, ó solo dislocados en las junturas; por do quiera la tierra está erizada de tremendas piedras semi-enterradas, de entablamentos despedazados, de capiteles descantillados, de frisos mutilados, de relieves desfigurados, esculturas borradas, sepulcros violados, y altares en fin manchados de polvo.

Es preciso ver en las mismas estampas de *Wood* las esplicaciones y pormenores de estos diversos edificios, para poder formar idea del ápice de perfeccion á que llegaron las artes en aquellos tiempos atrasados. La arquitectura especialmente prodigó á manos llenas sus riquezas y primores, y desplegó su magnificencia en el famoso templo del Sol, divinidad que era de *Palmira*. El recinto cuadrado del patio que le cierra tiene sobre seiscientos setenta y nueve piés por cada frente. A lo largo

de dicho recinto, corria interiormente un órden duplicado de columnas; en el vacío intermedio, presenta el templo otra fachada de cuarenta y siete piés sobre ciento veinticuatro de fondo; en torno de toda esta grande obra, reina un átrio compuesto de cuarenta y un pilares, cuya puerta (cosa bien rara) mira hácia el poniente, y no al oriente. El artesonado de dicha puerta, tendido ya en tierra, ofrece á la vista un zodiaco, cuyos signos son idénticos á los nuestros: hay otro artesonado que sustenta un pájaro de la misma conformidad que el de Balbek, sobre un fondo salpicado de estrellas. Ocurre aquí una advertencia notable para los historiadores, y es que la fachada del pórtico consta de doce columnas, lo mismo que la del templo del Sol en Balbek; pero hay otra particularidad aun mas digna de atencion para los artistas, á saber: ambas fachadas son muy parecidas á la columnata del palacio del *Louvre*, (en Francia) construida por Perrault, mucho ántes de la publicacion de los diseños que nos las han dado á conocer; la única diferencia que se nota es que las columnas del Louvre están pareadas, mientras que las de Balbek y Palmira se hallan una á una.

Pero otro espectáculo mas interesante para el filósofo, se presenta en el patio de este mismo templo. ¿Quién no se penetra de admiracion al contemplar sobre aquellas ruinas solemnes de la magnificencia de un pueblo prepotente y culto, situadas hoy treinta chozàs de tierra, humildes albergues de otras tantas familias de aldeanos, con todas las señales de la miseria? ¡Pues ved ahí á lo que ha venido á parar la inmensa poblacion de



Viso de las ruinas de Palmira.

un lugar ántes tan concurrido....! Toda la industria de estos pobres árabes, se limita á cultivar algunos olivos y el escaso trigo que necesitan para el sustento: sus riquezas están reducidas á algunas cabras y ovejas que apacentan en el desierto: sus relaciones consisten únicamente en algunas mezquinas carabanas, que les vienen cinco ó seis veces al año de *Homs*, de donde son dependientes. Incapaces de defenderse contra la violencia, se ven en la dura necesidad de pagar reiteradas contribuciones á los Beduinos, quienes tan pronto los atropellan é insultan, como les dispensan su proteccion. „Son robustos y bien formados, añaden los viajeros ingleses; la salud de que gozan casi perennemente, y el no conocerse apénas las enfermedades entre esta gente, prueban que el clima de Palmira merece las alabanzas que le tributa *Longino*, en su carta á *Porfirio*. Puede asegurarse que por rareza llueve aquí, si exceptuamos el tiempo de los equinoccios, pues entónces soplan aquellos violentos huracanes de arena, tan perjudiciales en el desierto. El color de estos árabes es sumamente atezado, á causa del escesivo calor; pero esto no obsta á que las mugeres tengan muy buenas facciones: todas llevan velo, segun se estila en Oriente; mas no son tan melindrosas como las de otras partes en descubrir la cara: tíñense las yemas de los dedos de encarnado, los labios de azul y las cejas de negro; y de las orejas y narices les cuelgan grandes argollas de oro ó de cobre.”

Es imposible contemplar tantos y tan grandiosos monumentos de industria y poderío, sin sentirnos impul-

sados á preguntar, cuál fué el siglo que los vió nacer, en dónde estaba el manantial que brotó las riquezas indispensables para llegar á ese auge casi inconcebible; y para decirlo de una vez, cuál es la historia de Palmira, y por qué se encuentra esta ciudad en una situación tan singular, siendo en algun modo una isla segregada de la tierra habitable por un piélago de arenales estériles. Los viajeros que llevo citados, han practicado acerca de estas cuestiones trabajos muy interesantes, pero demasiado largos para insertarse en la presente obra: es necesario leer en la suya, cómo distinguen dos clases de ruinas en Palmira; la primera comprende las de los tiempos primitivos, no siendo sino unos fragmentos informes; y la segunda, compuesta de los monumentos subsistentes, corresponde á siglos mas modernos. Allí mismo se verá, que fundándose en el orden de arquitectura, atribuyen su construccion á los tres siglos anteriores á Diocleciano, en cuyo tiempo se llevaba la preferencia el orden corintio sobre todos los demas. Demuestran asimismo con racionios muy ingeniosos, que Palmira, situada á tres jornadas del Eufrates, debió todo su esplendor á la ventaja de estar en uno de los caminos frecuentados para el estenso tráfico, que en todas edades ha existido entre la Europa y la India; finalmente, patentizan que llegó al colmo de su incremento, cuando puesta de barrera entre los romanos y los partos, supo mantenerse neutral en las diferencias que les agitaban, y hasta hacer contribuir el lujo de esos imperios poderosos en beneficio de su propia opulencia.

En todos tiempos fué Palmira, como era natural, el emporio de las mercancías que venían de la India por el golfo Pérsico, y que de aquí, remontando por el Eufrates ó por el desierto, iban á la Fenicia y al Asia menor, á derramarse en naciones que siempre las deseaban con ansia. Este comercio debió atraer y fijar allí desde los siglos mas remotos algun principio de poblacion, y hacer de Palmira una plaza importante, aunque todavía no tan famosa. Los dos manantiales de agua dulce que posee su terreno, fueron especialmente un poderoso incentivo á domiciliarse en aquel desierto, árido y seco por cualquiera otra parte. Sin duda estos dos motivos hubieron de fijar las miras de Salomon, y al mismo tiempo empeñar á este príncipe comerciante y emprendedor, á llevar sus armas hasta un límite tan remoto de la Judea. „Allí construyó fuertes murallas, dice el historiador Flavio Josefo (*Flavii Josephi, Antiquit. Judaic. lib. 8, cap. 6.*), á fin de asegurar su posesion, y la llamó *Tadmur*, que significa *palmar*.” De este pasage se ha intentado concluir que Salomon fué el primer fundador, cuando mas bien deberiamos inferir por el mismo contesto, que ya entónces se hallaba este lugar en un pié de importancia efectiva (*). Las palmas que encontró allí aquel rey, son árboles peculiares á los paises habitados: ademas, desde ántes de Moi-

(*) Ciertamente se equivoca en esto el célebre viajero, porque Josefo dice así: Entrando Salomon en el desierto que está arriba de Siria, y apoderándose de este pais, edificó allí una ciudad muy grande..... Fabricada pues esta ciudad y cercada de fuertísimas murallas, la llamó Thadmor...., los griegos la llaman Palmira.

ses, los viages hechos por Abraham y Jacob de la Mesopotamia á la Siria, indican evidentemente relaciones de comercio entre estas dos regiones, que por precision habian de animar á Palmira. La canela y las perlas mencionadas en tiempo del legislador de los israelitas, acreditan una comunicacion con la India y el golfo Pérsico, la cual debia seguir por el Eufrates, y pasar tambien á Palmira. En la actualidad, cuando esas épocas se nos presentan sumidas en la noche de los tiempos, y cuando han perecido la mayor parte de los monumentos, discurrimos como a tientas, acerca del estado de aquellas regiones en siglos tan remotos; sin embargo, si atendemos á que los hombres de todas las edades, se han enlazado con unos mismos vínculos, esto es, por sus mutuos intereses y fruiciones, concluiremos que desde muy temprano debieron entablarse relaciones de comercio de pueblo á pueblo, las cuales casi habrán sido idénticas á las que volvemos á encontrar en tiempos posteriores, y por supuesto mejor conocidos. Fundados en tales principios, y sin ir mas allá del siglo de Salomon, la invasion de *Tadmur* por este príncipe, es un acontecimiento que nos hace barruntar un sin número de consecuencias y relaciones. Efectivamente, el rey de Jerusalem no hubiera fijado los ojos en un sitio tan distante y solitario, á no haber sido por un motivo muy poderoso de interes, superior á todos los inconvenientes que se opusieran. Este interes no podia ser otro que el de un comercio en grande, al que servia ya de almacen la misma Palmira, que tenia por uno de sus

objetos remotos á la India, y cuyo foco principal se hallaba en el golfo Pérsico. Muchos son los hechos que, combinados entre sí, concurren á indicar este último punto, mejor dicho, nos conducen como por la mano á reconocer en el golfo Pérsico el centro comercial de aquel *Ophir* tan decantado. Con efecto, ¿no fué por ventura en este golfo, donde los tirianos mantuvieron comercio desde tiempos muy atrás, y adquirieron varias posesiones, conforme lo atestiguan las islas de *Tyrus* y *Aradus*, monumentos de su grandeza? Si lo que Salomon procuraba con mas ahinco era la alianza con los tirianos, si es cierto que necesitaba de los pilotos de estos para conducir sus naos, claro está que el objeto principal del viage, fué visitar los lugares que ya ellos frecuentaban, yendo por sus puertos de *Phœnicum oppidum*, sobre el mar Rojo, y tal vez de *Tor*, cuyo nombre parece un vestigio del suyo. ¿Las perlas, que fueron uno de los renglones esenciales del comercio de Salomon, no son un producto casi esclusivo á la costa del golfo, situada entre las islas de *Tyrus* y de *Aradus* (hoy Bahrain), y el cabo *Masandúm*? ¿Los pavos reales, que eran la admiracion de los judíos, no se han tenido siempre por originarios de la provincia de Persia, adyacente al golfo? ¿Los monos no venian del Yémen, que estaba en el camino, y donde todavía los hay en abundancia? ¿No es en este *Yémen* donde está el pais de *Sabá*, cuya reina trajo al rey judío ricos presentes de *incienso y oro*? ¿No son estos *Sabeanos* los que pondera Estrabon como

prodigios en riquezas, por la cantidad de oro que poseían?

La historia de las ciudades adquiere nuevo brillo cuando florecen en ellas personajes ilustres, que han dado honor al género humano: á pesar de la oscuridad que cubre la historia de Palmira, algo se sabe de tres personas muy memorables que fueron el ornamento de aquella ciudad. La reina Zenobia, su marido Odenato y el elocuente retórico Longino. Aquella muger singular segun algunos descendia de Cleopatra, ó á lo ménos heredó su valor. Muerto su marido Odenato, en cuya muerte se le acusó haber tenido parte, tomó el título de Augusta, y por muchos años tuvo el cetro del oriente. Sostuvo con dignidad y energía la guerra contra Persia, y por otro lado hizo frente á las tropas romanas. A excepcion de algunos autores que tienen á Zenobia por dada al vino, al orgullo y á la crueldad, todos los demas elogian sus virtudes, y señaladamente su prodigiosa castidad, y el gusto y aficion á las ciencias y bellas artes, como que el filósofo Longino fué maestro suyo, y le enseñó á colocar la filosofia en el trono. Estaba instruida en la historia de Oriente, y aun habia escrito la historia de Alejandría. El emperador Aureliano quiso subyugarla, marchó con un ejército hasta Antioquía, adonde se habia presentado Zenobia con todas sus fuerzas que consistian en seiscientos mil combatientes. A la cabeza de sus tropas marchaba á pié esta princesa, cuando era necesario, como un soldado. Se encontraron ambos ejércitos, y combatie-

ron con igual furor. Aureliano al principio fué envuelto y estuvo á pique de perder la batalla; pero habiéndose avanzado mucho la caballería palmiriana, cayó la infantería romana sobre la enemiga, la arrojó, y alcanzó la victoria. La reina entónces se retiró á su capital, donde la sitió el vencedor, y ella se defendia con el valor de un hombre, y con el furor de una muger. Cansado ya Aureliano de tan largo sitio, hizo por escrito proposiciones razonables á Zenobia, pero esta le contestó con orgullo: „Con valor y no con cartas se estrecha al enemigo para que se rinda: acordaos de que Cleopatra prefirió la muerte al vencimiento.” Irritado con esto el emperador, estrechó mas fuertemente el sitio, y la reina temiendo caer en sus manos, se escapó en secreto de la ciudad; pero Aureliano la persiguió y alcanzó al ir á pasar el Eufrates. A pesar de las instancias de los soldados que pedian su muerte, la reservó el vencedor para llevarla prisionera en su vuelta á Roma, lo que se tuvo muy á mal, porque no se trataba de un guerrero, sino de una muger; pero esta muger era un héroe, y reparó aquel ultrage, tratándola muy bien, y dándole un exelente terreno cerca de Roma donde pasó el resto de sus dias honrada y estimada.

Odenato, marido de Zenobia, habia nacido de una familia de mediana esfera, y segun otros era de sangre real: se ejercitó desde la juventud á luchar con leones y leopardos: de esta manera adquirió fuerza y resolucion, con la que labró despues la alta fortuna de llegar al trono de Palmira.

Después del funesto suceso en que el emperador Valeriano fué vencido y tratado indignamente por Sapor, rey de Persia, quiso Odenato calmar el ímpetu de aquel insolente monarca, y al efecto le escribió y mandó regalos, manifestándole que jamás había sido su enemigo, y que deseaba conservar con él la mejor armonía. Indignado el persa de que un príncipe tan impotente osara escribirle en vez de presentarse en persona, después de romper la carta, mandó echar al río los regalos, y le prometió con juramento arrasar las tierras de Palmira, y acabar con Odenato y su familia, si no venía á presentarse personalmente con las manos atadas á la espalda. Irritado con tal ultraje, se decidió el marido de Zenobia por el partido de los romanos, é hizo la guerra contra los persas con tan buen resultado, que pudo apoderarse de los tesoros y muger de Sapor. El emperador romano en recompensa de los servicios hechos á su causa por el rey de Palmira, lo asoció al imperio, y le dió el título de César y de Emperador, y á Zenobia el de Augusta. Cuando Odenato estaba haciendo los preparativos para atacar á los godos que desolaban el Asia, fué asesinado en un festín en compañía de su hijo Herodiano.

El tercer personaje notable de Palmira fué el ateniense Longino, filósofo y retórico célebre que enseñó el griego á Zenobia, de quien fué ministro. Cuando sitiaban los romanos á Palmira, él aconsejó á la reina oponer la más firme resistencia al enemigo, por cuyo motivo, tomada la ciudad por Aureliano, le mandó ma-

tar entre los más atroces tormentos, en medio de los cuales manifestó el ministro la mayor serenidad y filosofía. De sus muchas obras solo queda el *Tratado del sublime*, en que el autor se manifiesta digno del asunto que trata, dando excelentes preceptos de buen gusto, y estos en un estilo acomodado á la belleza ó grandiosidad que exige la ocasión. Longino conoció el Penteuco, y dice de su autor: „El legislador de los judíos que no era un hombre común conoció muy bien la grandeza y poder de Dios, y lo presentó con toda su dignidad al principio de sus leyes de esta manera: dijo Dios: que la luz sea, y la luz fué: que la tierra sea y la tierra fué.”

El mismo filósofo cita los siguientes versos de Homero.

Cuanto divisa un hombre colocado
En la orilla del mar desde alta roca,
Tanto avanzan de un salto los caballos
Que tiran de los dioses la carroza.

Y á continuación añade Longino: La estension de este salto es la del universo. ¿Quién no diría con razón al ver la magnificencia de esta hipérbole, que si quisieran dar otro salto los caballos de los dioses, no hallarían bastante espacio en el mundo?”

Concluiremos el capítulo de Palmira con unos versos de Heredia.

ATENAS Y PALMIRA.

Al contemplar las áticas llanuras
 En la serena cumbre del Himeto,
 Espectáculo espléndido se goza.
 Vense grupos de palmas, que otro tiempo
 Oyeron de Platon la voz divina,
 Y entre masas brillantes de verdura
 Alza el olivo su apacible frente.
 Cubre la viña el ondulante suelo
 De esmeraldas y púrpura, y los valles
 En diluvio de luz el sol inunda.
 Entre tantas bellezas, magestuosa
 Con marmóreo esplendor domina Atenas.
 En sus dóricos templos y columnas
 Juega la luz rosada,
 Y con mágica tinta
 El contorno fugaz colora y pinta.

¡Cuadro admirable y delicioso! Empero
 Goza placer mas puro y mas sublime
 El solitario y pensador viagero
 Que á la luz del crepúsculo sombrío,
 Entre un oceano de caliente arena
 Contempla el esqueleto de Palmira,
 De alto silencio y soledad cercado.
 ¡Desolacion inmensa! El obelisco,
 Cual roble anciano, se levanta al cielo

Con triste magestad, y el cardo infausto,
 Brotando en grietas del marmóreo techo,
 Al viento sirio silba. En los salones
 Do la elegancia y el poder moraron,
 Hoy la culebra solitaria gira.
 En el suelo de templos quebrantados
 Crecen los pinos, y en las anchas calles
 Que ántes hirvieron en rumor y vida,
 Se mira ondear la yerba silenciosa.
 Do quier yacen columnas derribadas
 Unas sobre otras, y en la gran llanura
 Incontables parecen los despojos
 De la grandeza y del poder pasado.
 Arcos, palacios, templos y obeliscos
 Forman un laberinto pavoroso
 En que inmóvil se asienta
 El silencioso genio de las ruinas;
 Y altas verdades, máximas divinas,
 De su frente el dolor al sabio cuenta.

